

Uno de los grandes intelectuales de la Iglesia española

Ureña, el asturiano que resucitó a Krause

El fallecido jesuita gijonés, un experto mundial en el estudio de las filosofías europeas, anticipó la brusca caída de las economías socialistas

Oviedo, Eduardo GARCÍA
La muerte de Enrique Menéndez Ureña el pasado 19 de agosto pasó inadvertida para muchos. No es de extrañar en alguien que vivió con riguroso sentido de la discreción. Jesuita, 75 años, gijonés, uno de los grandes conocedores en el mundo de la vida y la obra del filósofo alemán Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832), Menéndez Ureña es un personaje clave en los estudios del Krausismo, la filosofía que inspiró la Institución Libre de Enseñanza. Pero sobre todo ha sido uno de los grandes cerebros que ha dado la Iglesia asturiana a lo largo del siglo XX.

Enrique Menéndez Ureña se pasó 58 años en la Compañía de Jesús en la que desempeñó una intensa actividad docente e investigadora. Su talento era tal que defendió con honores sus tres tesis doctorales en cuatro años, entre 1975 y 1979: Economía, Filosofía y Teología. Hablaba a la perfección alemán y ruso; correctamente inglés y francés; fue un gran experto en Marx, Hegel, Kant y Freud, y fue el primero en publicar un libro sobre el filósofo Jürgen Habermas.

En su libro "El mito del cristianismo socialista", de 1981, anticipaba la caída de las economías planificadas. Aquella obra tuvo trascendencia internacional como recuerda su amigo y colaborador durante 35 años, el también jesuita Pedro Álvarez Lázaro. Tuvo tres ediciones y se tradujo a tres idiomas.

Alguien entendió "El mito" como un ataque a la Teología de la Liberación "pero Ureña no tenía intención alguna de "matar" a nadie. El libro no fue digerido por los sectores más mediocres de la Teología de la Liberación, pero las grandes mentes como Ellacuría, Sobrino o Arroyo siempre le tuvieron una altísima consideración", asegura Álvarez Lázaro.

Aquel libro iba a dar lugar a una polémica de altos vuelos. Dos años más tarde, el jesuita José Ignacio González Faus publica "El engaño de un capitalismo aceptable", refutando muy artificialmente, a decir de algunos, las tesis del asturiano Menéndez Ureña. Faus, hombre dialécticamente muy capaz e incluso brillante, crea en la Compañía una situación cuando menos incómoda.

Aquella polémica dañó profundamente a Menéndez Ureña, "un hombre honrado y sencillo que se tomó las cosas con enorme intensidad. El dolor moral fue inmenso", pero lo más grave es que el daño se perpetuó. Desde determinados sectores "lo siguieron difamando, acusándole de defender el capitalismo cuando Ureña lo que sostuvo siempre fue la

conveniencia de una economía social de mercado".

En 1985 el jesuita gijonés publica "El neocleralismo de izquierda", contestación a "El engaño de un capitalismo aceptable" y donde pone en evidencia lo que él entendía como tergiversaciones que Faus había hecho de sus textos.

Ureña nació en Gijón, de familia asturleonera. Su abuelo, primo carnal de Leopoldo Alas "Clarín", había sido gobernador civil en distintos destinos. El padre de Enrique Menéndez Ureña y de su hermano Juan, era químico de profesión. Minervino Menéndez y Juana Ureña componen una familia económicamente asentada y de inequívocas raíces religiosas. Juan y Enrique estudian en el gijonés colegio de La Inmaculada. Enrique acaba el Bachillerato en 1956 con el mejor expediente del colegio.

"Era una mente privilegiada. Yo creo que su destino estaba marcado dentro de la Compañía, por sus capacidades pero también por su carácter. En octubre de 1956 ingresa en el noviciado de Salamanca", recuerda su hermano Juan Menéndez Ureña, tres años mayor que Enrique.

Asturias le rendirá esta tarde un homenaje en la sede de la Fundación Gustavo Bueno

Se ordena sacerdote, simultanea los estudios de Filosofía, Teología y Económicas, que termina en la Universidad de Barcelona para posteriormente doctorarse en la Complutense. La Compañía de Jesús le envía a Alemania, a la Hochschule Sankt Georgen para estudiar Teología. Enrique Menéndez Ureña aborda por entonces a Carl Marx desde el punto de vista económico, asiste a las clases de Th. W. Adorno y se sumerge en un riguroso estudio de la Escuela de Frankfurt. En Alemania pasa nueve años que iban a resultar vitales en su biografía.

La experiencia alemana le iba a conducir a Krause. De hecho, el jesuita asturiano rescata al filósofo alemán cuyo corpus teórico fue la base de la Institución Libre de Enseñanza. Cuando en su entorno académico más cercano le sugieren el estudio de Krause y su doctrina, a Enrique Menéndez Ureña la idea no le fascina precisamente.

Lo que encontró en España sobre el filósofo alemán eran repeticiones de repeticiones, pero Ureña encuentra el archivo de Krause casi completo en Dresden, ciudad de la todavía vigente



Enrique M. Ureña, en sus años de aprendizaje en Salamanca. | JUAN UREÑA



El jesuita, en una conferencia en marzo de 2007 en El Escorial. | JUAN UREÑA

República Democrática Alemana (RDA). No había caído el Telón de Acero.

Dresden había sido arrasada en la II Guerra Mundial. Que en el archivo de la ciudad se hubieran salvado los documentos y manuscritos de Karl Christian Friedrich Krause fue un milagro. Allí, en una habitación, estaba todo. Miles de páginas en letra manuscrita alemana gótica de principios del siglo XIX, poco menos que imposible de leer. Pedro Álvarez Lázaro recuerda perfectamente

aquel viaje, casi de un tirón. "Agarramos la maleta, cogimos el coche y nos presentamos en el Archivo. La última consulta que se había realizado en los documentos de Krause había sido en 1932". Un tesoro olvidado en el que trabajó Ureña con pasión. "De allí sacó 17.000 microfilms", señala su hermano Juan.

Krause, protestante y masón, tuvo enorme influencia en España porque el krausismo está detrás de toda la doctrina regeneracionista impulsada por la Institu-

ción Libre de Enseñanza y que en Asturias tuvo su más brillante expresión con el Grupo de Oviedo, con Rafael Altamira y Adolfo Álvarez-Buylla a la cabeza. Junto a Alas, Sela, Posada, Caneilla o Aramburu convirtieron a la Universidad de Oviedo en centro académico de primer orden. José Ignacio Gracia Noriega los define como "intelectuales con sentido universitario y preocupación pedagógica, que combinaban altura científica e inquietud social, que practicaban el antidogmatismo, la curiosidad intelectual, la honradez y la autoexigencia personal".

El filósofo alemán Krause está detrás de la Institución Libre de Enseñanza y del Grupo de Oviedo

El krausismo es una filosofía amable, un tanto romántica, que sirvió de corpus teórico a las socialdemocracias europeas contemporáneas. Decían los críticos a Rodríguez Zapatero que en el trasfondo de su alianza de las civilizaciones había mucho de ese bondadoso Krause que, en palabras de Gustavo Bueno Sánchez, "tiene la virtud de haberse preservado limpio de adherencias totalitarias". El toque liberal que emana del krausismo gustó incluso al régimen de Franco. Y ya en tiempos de transición política y democracia, Krause le vino como anillo al dedo al PSOE desvinculado del marxismo.

El krausismo español se desarrolla en torno a Julián Sanz del Río (1814-1869), licenciado en Derecho al que los vericuetos de la vida lo convierten en pedagogo tras ser enviado a Alemania en 1843 a estudiar a Krause por orden directa del entonces ministro de la Gobernación Pedro Gómez de la Serna.

Enrique Menéndez Ureña fue, muchos años más tarde, el encargado de descubrir un fraude monumental en torno a Sanz del Río, quien publica en 1860 su libro "El ideal de la Humanidad para la vida", lo que venía a ser una síntesis adaptada al español de la principal obra de Krause, "El ideal de la Humanidad". Un día, Enrique Menéndez Ureña se encuentra con una sorpresa: el libro de Sanz del Río —que fue maestro de Giner de los Ríos— era una copia literal, palabra a palabra, de una serie de artículos que el propio Krause había publicado, en forma de capítulos, en una revista. Nada de adaptación; simplemente, plagio.

Pasa a la página siguiente

Uno de los grandes intelectuales de la Iglesia española



Ureña, a la derecha, junto a su gran amigo Pedro Álvarez Lázaro.

“Fue el profesor más brillante que conocí”

Viene de la página anterior

Ureña no se andaba por las ramas a la hora de denunciar agujeros negros intelectuales. Publica “El ideal de la Humanidad o el fraude de Sanz del Río”, cuyo título da idea del tono, fuerte pero académicamente impecable. En una página, el artículo original de Krause, en la otra la “síntesis” de Sanz del Río. Para muchos, la imagen del “padre” del krausismo español acabó por los suelos. Otros prefirieron mirar para otro lado. En los años ochenta aquel libro fue condenado a la ley del silencio, así como la biografía de Krause, financiada por una fundación alemana y que fue presentada en la Universidad de Oviedo. Se convirtió en un intelectual incómodo.

Menéndez Ureña estudió a fondo las tres grandes economías socialistas europeas de mediados del siglo XX, la de la Unión Soviética, la RDA y Polonia. “En Alemania conoce a Joseph Ratzinger, el futuro papa Benedicto XVI, recuerda su hermano Juan. Indagó especialmente en la filosofía comparada del budismo y el cristianismo. Su cátedra en la Universidad de Comillas fue la de Historia de la Filosofía Contemporánea.

“Fue el profesor más brillante que conocí”, asegura su amigo Pedro Álvarez Lázaro. “Tanta brillantez generaba celos, pero en realidad Enrique solo hizo trabajar y trabajar. Logró formar un equipo importante de discípulos, que continuaron sus estudios sobre Krause”. En Ureña encontramos un hombre

“sencillo y cordial; valiente y justo”. Hablaba alto, tenía carácter fuerte, le sacaba de quicio la mentira y a veces era víctima propicia de sus adversarios por mantener firme un sentido muy riguroso de la integridad moral. Durante veinte años fue director del prestigioso Instituto de Investigación sobre Liberalismo, Krausismo y Masonería, de la Universidad de Comillas, convertido después en grupo de investigación de esta misma universidad.

Su colaborador, el también jesuita Pedro Álvarez Lázaro, valora su “valentía, honradez y sencillez”

Desde hacía años el jesuita gijonés estaba enfrascado en la publicación en alemán de las obras completas de Krause. Ya se han publicado tres tomos, el último de ellos en enero de este año 2014. Recuerda Álvarez Lázaro que “ya en plena enfermedad Enrique fue capaz de transcribir y corregir el original del tomo quinto. El proyecto seguirá adelante con Menéndez Ureña en los “títulos de crédito” como homenaje de Alemania al español que les redescubrió a un filósofo universal.

Enrique Menéndez Ureña recibirá hoy en Oviedo (5 de la tarde) un homenaje, académico y sentimental, en la Fundación Gustavo Bueno.



Benedicto XVI saluda a los congregados ayer en Roma. | REUTERS

Francisco y Benedicto XVI rinden honores al ya beato Pablo VI

El Papa emérito reapareció con buen aspecto en la misa de beatificación del Pontífice que concluyó el Concilio Vaticano II

Roma, Agencias
El Papa Francisco proclamó ayer beato a Pablo VI durante una misa multitudinaria en la plaza de San Pedro, en la que recordó cómo el Pontífice que concluyó el Concilio Vaticano II “condujo a la Iglesia con sabiduría y visión de futuro”. Pablo VI fue beatificado durante una ceremonia en la que participó el Papa emérito Benedicto XVI, que reaparecía, con bastón pero buen aspecto. El acto también sirvió para clausurar el Sínodo de la familia celebrado estos días en el Vaticano, ya que

fue el Papa Giovanni Montini quien instituyó este organismo de consulta.

El milagro atribuido a la intercesión de Pablo VI, y que le permitió ser beatificado, fue la curación de un feto a principios de la década de 1990 en California. Después de que se diagnosticase que tenía graves problemas cerebrales, la madre se negó a abortar y el niño nació sin problemas.

La ceremonia, como es tradicional, comenzó con la lectura de la biografía del Papa Montini. Francisco leyó la fórmula en latín

en la que se decía que “desde ahora el Papa Pablo VI será llamado beato y se celebrará su fiesta cada año el 26 de septiembre”.

Junto al altar se expuso durante toda la ceremonia como reliquia la camiseta ensangrentada del atentado que sufrió Pablo VI en el año 1970, cuando un pintor boliviano le hirió con dos puñaladas en Manila. A la misa asistieron decenas de miles de personas, sobre todo llegadas desde Brescia, localidad natal del Pontífice, y desde Milán, la ciudad de la que fue arzobispo.

Crítica

Una españolizada “Carmen” de Bizet

G. GARCÍA-ALCALDE

Doce funciones con dos repartos ofrece este mes el madrileño Teatro de la Zarzuela para presentar una versión de la Carmen de Bizet traducida al español por Eduardo de Bray en 1890. En aquel tiempo eran normales las versiones traducidas, y aún lo son en algunos países y teatros -pocos, por suerte- cuyas audiencias quieren entender lo que se canta y habla sin valorar la prosodia ni la sonoridad acordada entre palabra original y música, que es norma de obligado cumplimiento por los buenos compositores de ópera. La recuperación historicista puede gustar más o menos al público de hoy, pero incide en la inquieta novedad que el actual director del veterano teatro (abierto hace 128 años), Paolo Pinamonti, imprime a la programación.

Esta producción en concreto, que ha despertado gran interés, agrega una novedad más significativa: la de su lectura femenina, con la directora taiwanesa Yi-Chen Lin (26 años) en el foso, y la

española Ana Zamora en la escena (prestigiosa ésta en el ámbito del teatro clásico y barroco). Su concepto es quizás lo más débil del empeño. Entre los textos en grandes caracteres griegos que ubica en el telón de boca, hay uno, de Páldas de Alejandría (siglo IV d.C.) que explica irónicamente el propósito de la producción: “Toda mujer es hiel, pero tiene dos momentos buenos: uno en el tálamo y otro al morir”. Semejante credo machista es punto de partida de la idea-eje de Zamora: “el drama de los hombres que no saben cómo actuar ante una mujer libre”. La protagonista es paradigma de esa libertad, pero el relato escénico no está bien articulado y hace chirriar una batería de efectos gratuitos como el de las cigarreras sevillanas tansmutadas en milicianas, la identificación de Carmen y Micaela a modo de caras de la misma moneda o la coronación final de Carmen como imagen celestial bañada por pétalos de rosas. Una broma ultrafeminista.

En la función de estreno casi toda la luz estuvo en la la bellisi-

ma voz y el temperamento dramático de la gran mezzosoprano María Jose Montiel. Espléndida artista, generosa de sus facultades en una entrega extenuante, desde la sensual majesta de la habanera, las seguidillas y el tralalá hasta los acentos trágicos de la muerte pasando por las libertarias evoluciones del sentimiento y el capricho. La soprano Sabina Puértolas fue contrapunto de sensibilidad melódica y fineza de línea como muy emotiva Micaela. Y es justo citar a Isabel Rodríguez y Marifé Nogales como excelentes Frasquita y Mercedes. Tal vez sin intención, los caballeros no dieron la talla: José Ferrero en un inseguro y apurado Don José, y Rubén Amoretti como Escamillo de voz sorda. La Orquesta de la Comunidad de Madrid y el Coro de La Zarzuela siguieron la pauta precisa y maquina de la maestra china, adecuada en momentos como el del quinteto en la taberna de Lilas Pastia (convertido por el traductor en un jocoso Curro Flores), pero yerta en lo demás.